

LOS FUNDAMENTOS DEL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL A LA LUZ DE SAN AGUSTÍN

JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, OSA

El tema del discernimiento se encuentra presente en la Sagrada Escritura y de forma significativa en San Pablo y San Juan. Se encuentra igualmente presente en los Padres de la Iglesia sobre todo en los Padres de Oriente.

San Agustín no ha escrito ninguna obra sobre este tema. No obstante no cesó de practicar el discernimiento a lo largo de su vida. Las *Confesiones* son un buen ejemplo de ello. El discernimiento se encuentra sobre todo presente en su vida como obispo. Con frecuencia se encontró ante situaciones delicadas en donde era preciso discernir la respuesta justa, exacta para ayudar a las personas en su camino hacia Dios. De hecho encontramos presente el discernimiento en la mayor parte de sus *Cartas*. La lectura de estas *Cartas* nos permiten hacernos una idea de cómo Agustín entendía el discernimiento y sobre todo cómo lo realizaba.

De forma clara habla del discernimiento de los espíritus en el capítulo 12 de su obra *Comentario literal del Génesis*, en su *Comentario de la Primera Carta de San Juan*, tratado 6, 11-13 e, igualmente, en las *Confesiones*, XIII, 12, 13- 16, 19. Pero, sobre todo, es en las *Cartas* en donde el discernimiento está presente con mayor claridad. Buen ejemplo del ejercicio del discernimiento son las *Cartas* 54 y 55, la *Carta* 133, las *Cartas* 252-255 y la *Carta* 266. Por otra parte, San Agustín no cesó de ejercer el discernimiento incluso sobre su propia vida: «*He aquí que amaste la verdad, porque el que obra la verdad viene a la luz. Yo la quiero obrar en mi corazón, delante de ti por esta mi confesión y delante de muchos testigos por este mi escrito*» (Conf. X, 1, 1, PL 32,779).

Para San Agustín el discernimiento hace referencia a la voluntad de Dios sobre nosotros en un momento determinado. En realidad es llevar a la práctica la petición del Padre Nuestro: «*Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*». Pero realizar la voluntad de Dios exige, en primer lugar, el conocerla. «¿Qué quiere decir *Hágase tu voluntad*? Sea mi vida tal que no resista a tu voluntad. Por tanto, también aquí oras por ti y no por Dios» (S. 56, 7, PL 38, 380).

La voluntad de Dios no es algo oculto; se muestra en la Sagrada Escritura como en todo los acontecimientos de la vida y de la historia. Todo es una palabra que Dios nos dirige. Incluso, San Agustín, ve la naturaleza como un inmenso libro escrito por la mano misma de Dios. "Reconociendo en Dios su autor, debías haber detenido antes tu mirada en la creación entera, como quien lee en un gran libro la naturaleza de las cosas. (C. Faust. 32, 20, PL 42, 509). Todos los hechos y acontecimientos son para san Agustín advertencias, «admoniciones» que Dios no cesa de hacernos.

Dios es, para San Agustín, en primer lugar creador. Pero Dios no es únicamente creador, dirige y gobierna igualmente toda la creación: «*Sicut creator ita et moderator*» (Ep. 138, 5, PL. 33, 528). «*Verus creator et rector universitatis*» (Conf. III, 8, 16, PL 32, 690). «*Divina enim Providentia pulchre omnia moderante*» (De diu. qu. 53, PL 40, 34). Por esta razón llama a la ley de Dios nuestro pedagogo: «*Lex pedagogus noster*». «¿Cuál es, pues, la utilidad de la ley y cuál su ayuda? La Escritura lo encerró todo bajo pecado para que se diese la promesa a los creyentes mediante la fe en Jesucristo. De esta forma –dice– la ley era nuestro pedagogo en Cristo Jesús (Gal 3, 24). Tomando pie de esta comparación, prestad atención al asunto de que estoy hablando: El pedagogo no conduce al niño a su casa, sino a la del maestro» (S. 156, 3, PL 38, 851).

Pero entre los seres de este mundo se encuentra el hombre. El hombre, en cuanto criatura, posee dos características propias. En primer lugar, el hombre no ha sido creado perfecto, sino informe y llamado a acoger su *forma*. Esta *forma* la recibe mediante su "conformación" con el Verbo de Dios por el cual todo ha sido creado. «*Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho*» (Jn 1, 3) Para Agustín la *forma* verdadera es Cristo y la *formatio* es, por lo mismo, la configuración con Cristo. «La criatura no imita a esta forma del Verbo si permanece informe e imperfecta, apartada de su Creador. Cuando se dice en el principio hizo Dios el cielo y la tierra no se hace mención del Hijo porque sea Verbo, sino sólo porque es Principio. Entonces únicamente se insinúa el origen de la criatura, existente todavía en la informalidad de la imperfección. Se hace,

pues, mención del Hijo, porque entonces aparece como Verbo, en aquello que está escrito, dijo Dios hágase. Por lo que tiene de Principio insinúa el nacimiento, debido a Él, de la creatura existente y aún imperfecta. Y por lo que es Verbo manifiesta la perfección de la creatura llamada hacia Él, a fin de que se formara uniéndose íntimamente al Creador, e imitando según su capacidad la forma que está unida eterna e inmutablemente al Padre, por quien permanentemente es lo que es el Padre.» (Gn. litt. I, 4, 9, PL 34, 249). La segunda característica propia del hombre es la libertad. Dios ha creado al hombre libre. «Cuando Dios creó al hombre, aunque lo creó muy bueno, sin embargo no lo creó tal cual era Él mismo. Ahora bien, es mejor el hombre que es bueno por voluntad que el que lo es por necesidad. En consecuencia, fue necesario darle al hombre el libre albedrío.» (Diu qu. 2, PL 40, 11). El hombre, por consiguiente, no es bueno por naturaleza, sino por elección. Está, por lo mismo, situado frente a la responsabilidad de su libertad. Su libertad es una libertad de elección. Puede elegir entre el bien y el mal.

Ahora bien, en un comienzo el hombre podía elegir claramente el bien o el mal ya que Dios mismo era su luz. No tenía necesidad de hacer discernimiento alguno. Gozaba de una iluminación inmediata de Dios. «Dotó, pues, entonces Dios al hombre de buena voluntad, que formaba parte de la rectitud en que fue creado; le dio, además, un auxilio indispensable para permanecer en ella, si quería; pero el querer lo dejó al libre arbitrio de su voluntad. Podía, pues, permanecer en aquel bien, si le placía, porque no le faltaba ayuda con que pudiera y sin la cual no pudiera adherirse con perseverancia al bien propuesto a su voluntad. Mas el no haber querido perseverar, sin duda, culpa suya es, como hubiera sido mérito suyo el haberse mantenido firme.» (Correct. et grat. XI, 32, PL 44, 936). Dios se comunicaba con el hombre a través de una palabra interior. La Verdad le hablaba en lo más íntimo del corazón. Agustín emplea la imagen de un jardín regado por una fuente. El hombre, en el comienzo, no tenía necesidad de una fuente exterior. Tomaba el agua de una fuente que brotaba en lo más íntimo de su ser. «Porque ahora también Dios hace lo verde del campo, mas haciendo llover sobre la tierra, es decir, hace revivir a las almas por medio de su palabra, pero las riega con las aguas de sus nubes, esto es, con los escritos de los profetas y apóstoles. [...] Pero esto sucedía antes de que el alma pecase, es decir, antes de que lo verde del campo apareciese sobre la tierra. Aún no había hecho llover Dios sobre la tierra ni existía hombre que trabajase en ella; mas para el hombre que trabaja en la tierra es necesario el rocío de las nubes; de qué clase de nubes se trate, ya lo dijimos. Después del pecado el hombre comenzó a trabajar en

la tierra y a necesitar de aquellas nubes; pero antes del pecado, habiendo hecho Dios lo verde del campo y el alimento, bajo cuyo nombre estaba significada, como dijimos, la criatura invisible, la regaba con una fuente interior, hablando al entendimiento de ella, de modo que exteriormente no necesitaba las palabras de los profetas y apóstoles como si fuera la lluvia de las nubes antes citadas, sino que se saciaba con propia fuente, es decir, con la verdad que manaba en lo más íntimo de su ser.» (Gn. adu. Man. II, 4, 5, PL 34,198).

Dios creo al hombre por el Verbo: *«Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho»* (Jn 1, 3). El hombre lleva en lo más profundo de su ser la imagen, la huella del Verbo de Dios. *«In interiore hominis habitat Christus»*. El Verbo, la Sabiduría le habla en lo más profundo del corazón. No tenía por consiguiente necesidad de hacer discernimiento alguno. Veía la Verdad en sí misma.

Pero el hombre pecó y su pecado cambió radicalmente su situación primera. El pecado es una herida del espíritu. Lo oscurece y lo saca fuera de sí mismo. El orgullo oscurece el corazón del hombre. El hombre pierde la interioridad conforme a la cual había sido creado. Ahora se ve precisado a vivir a partir de la exterioridad, prisionero de las sentidos e incapaz de recibir directamente la luz de Dios. «Lo primero que lleva consigo la soberbia del hombre es apartarle de Dios; y porque comienza a no ser regada por la fuente interior empieza también a hincharse exteriormente por la soberbia: con razón es mofado el hombre y se le dice por aquellas palabras proféticas de qué se ensoberbece la tierra y ceniza, ya que en su vida arrojó las cosas más caras e íntimas (es decir a Dios). ¿Qué otra cosa es la soberbia sino abandonar lo más íntimo de la conciencia y querer aparentar exteriormente lo que uno no es?» (Gn. adu. Man. II, 5, 6, PL 34 ,199).

A partir de este momento el hombre se encuentra desorientado. Para obrar con rectitud le es preciso hacer un discernimiento, pesar y sobrepasar cada uno de sus comportamientos.

Antes del pecado vivía en armonía, en un perfecto equilibrio consigo mismo y con los demás, entre su naturaleza y sus aspiraciones. «Creó Dios al hombre recto (Eccli 7, 30) como está escrito, y por ello con una voluntad buena. Así, la voluntad buena es obra de Dios, el hombre fue creado por ella. En cambio, la primera voluntad mala, puesto que precedió a todas las obras malas del hombre, ha sido, mejor que una obra, una deserción de la obra de Dios hacia las suyas propias. Por eso son malas las obras, porque

son según el hombre, no según Dios; de suerte que es la voluntad, o quizá mejor el hombre, por su mala voluntad, como el árbol malo de esas obras, de esos frutos malos.» (Ciu XIV, 11, P.L 41, 418).

«¿Qué diremos, pues? ¿Qué Adán no tuvo gracia de Dios? Antes bien, la tuvo excelente, pero de diversa índole. El disfrutaba de los bienes recibidos de la bondad del Creador. No los había logrado con sus merecimientos, y en ellos no había mezcla de mal. Empero, los santos, que en el estado de la vida presente reciben la gracia de la liberación, andan entre males, gimiendo al Señor por ellos: Líbranos del mal» (Corrept. et grat. 11, 29, PL 44,933).

El hombre, para obrar con rectitud, necesita pues hacer un discernimiento. Discernir es elegir. Es una elección entre los múltiples sentimientos y deseos que nos habitan e igualmente entre nuestras ideas y proyectos. Discernir es juzgar, es descubrir, bajo aquello que se manifiesta, lo que se oculta. Esto exige saber enjuiciar, ver con claridad y perspicacia.

Para San Agustín el hombre, en lo más profundo de su ser, está orientado hacia Dios. Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza. La imagen está esencialmente orientada hacia su modelo. De aquí que el hombre más que ser sea *tendencia* a ser: «*Deus per quem onia, quae per se non essent, tendunt esse*» (Sol. I, 1, 2, PL 32, 869).

Esta orientación radical del hombre hacia Dios, San Agustín la llama con frecuencia *amor, pías del ama, alas del ama*.

Esta orientación primera del hombre hacia Dios ha quedado oscurecida, difuminada por el pecado. Los movimientos del alma son ahora múltiples, oscuros. El hombre se siente inquieto, desordenado. Se entrega a las cosas buscando en ellas un poco de paz, de seguridad. Las cosas ciertamente le fascinan, pero todo desaparece en la vanidad del tiempo. En este estado se ve precisado a caminar en la obscuridad o al menos en la penumbra. No ve con claridad a dónde dirigir sus pasos. Busca una seguridad, la verdad. Pero, dice San Agustín: «Yerra quien piensa que puede conocer la verdad cuando vive malamente. Porque es un desorden amar este mundo y estimar en mucho lo que nace y pasa, así como desearlo y trabajar para conseguirlo, regocijarse cuando abunda, temer que perezca y entristecerse cuando perece. Una vida tal no puede contemplar aquella verdad pura, auténtica e inalterable, ni adherirse a ella ni permanecer con ella para siempre.» (Ag. christ. 13, 14, PL 40,299). «Se busca lo verdadero dejando de lado la verdad» (Ver. relig. 36, 67, PL 34.152). «Nadie se aleja

de la verdad, que no sea acogido por alguna imagen de la misma.» (Ver. relig. 39, 72, PL 34,154).

El hombre vive por lo mismo en desasosiego. «Todo ánimo desordenado lleva en sí mismo inserto el castigo.» (Conf. I, 12, 19. PL 32, 670).

«El espacio nos ofrece lugares amables; los tiempos nos arrebatan lo que amamos y dejan en el ánimo un tropel de ilusiones que balancean de una cosa a otra nuestros deseos. Así el alma se hace inquieta y desventurada, anhelando inútilmente retener a los que le cautivan. Está invitada al descanso, es decir, a no amar lo que no puede amarse sin trabajo ni turbación.» (Vera relig. 35, 65, PL 34,151).

El hombre siente verdaderamente necesidad de discernir las diferentes situaciones en las que se encuentra con el fin de orientar con rectitud su vida. El discernimiento se hace necesidad para el hombre.

Para encontrar la paz y, a la vez, la seguridad en la vida el hombre ha de retornar a sí mismo. Poner en orden su espíritu. Es necesario que el hombre comience por recogerse a sí mismo, tomarse en mano para poner en orden su espíritu. Pero esto exige conocer el lugar propio de cada una de sus tendencias, de sus deseos: «Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: se ordenan y descansan» (Conf. XIII, 9, 10, PL 32,849).

El primer paso por consiguiente para hacer un buen discernimiento es conocerse a sí mismo. Este conocimiento nos da, nos ofrece el criterio o el principio a la luz del cual se puede hacer el discernimiento. Nos permite conocer el valor de cada deseo del alma como los diferentes acontecimientos de la vida.

La causa de todos los errores, de estas desorientaciones es porque el hombre no se conoce a sí mismo: «Y la causa principal de este error es que el hombre se desconoce a sí mismo. Para conocerse necesita estar muy avezado a separarse de la vida de los sentidos y replegarse en sí y vivir en contacto consigo mismo.» (Ord. I, 1, 3, PL 32, 960). Por esto San Agustín ora y ora con insistencia: «¡Oh Dios, siempre el mismo!, conózcame a mí, conózcate a ti!» (Sol. II, 1, 1, PL 32, 885).

Pero Dios no ha dejado al hombre desamparado. Ya que el hombre se encuentra en la actualidad viviendo en y desde los sentidos, en y desde la exterioridad, la enseñanza, la ayuda de Dios ha de venir, ha de adoptar igualmente una forma exterior. Y esto es lo que hace Dios al ofrecernos la Naturaleza, la Sagrada Escritura e igualmente la Encarnación del Verbo. Por la Naturaleza, por la Sagrada Escritura como por la Encarnación del

Verbo, Dios busca restablecer la comunicación con el hombre, hacerle capaz de ser instruido por El, mostrarle su voluntad y cómo cumplirla. Dios viene en ayuda del hombre para que éste cumpla, realice su voluntad. Dios le revela al hombre su voluntad.

DIOS ES LUZ

Dios es Amor. Amar es darse. Dios, amor sin límite, se da, se entrega, por lo mismo, sin límite. La expresión más clara de este amor sin límite es Cristo en la cruz. Sobre la cruz Cristo nos da todo, absolutamente todo hasta quedarse sin nada, hasta morir.

Este don de Dios es absolutamente gratuito. La «gratuidad» es la característica propia de los dones de Dios. «Gratuidad» es la calidad de lo que es gratuito, la calidad de lo que se hace o se da sin contrapartida, sin espera de compensación.

La acción de Dios es una acción absolutamente gratuita, sin esperar de nosotros recompensa ni agradecimiento. «La gracia de Dios es un don divino; a su vez, el Espíritu Santo mismo es el máximo don de Dios y por eso se le llama gracia. [...] He aquí la razón por la que es gracia, porque se da gratuitamente. Y se da gratuitamente porque no se otorga como recompensa tras un balance de méritos, sino como don tras el perdón de los pecados.» (S. 144, 1, PL 38, 788). «Es obra de la gracia, no te lo asignes a ti, no lo atribuyas a tus fuerzas. Actúas así porque te deleita, haces bien; actúas así por caridad, haces bien; lo apruebo, estoy de acuerdo. La caridad se sirve de ti para obrar, cuando actúas de buena gana. Si esperas en el Señor, ya estás saboreando dulzura.» (S. 145, 3, PL 38, 792).

San Agustín se siente fascinado ante el misterio de la gratuidad de Dios ya que expresa el misterio mismo de Dios-Amor. Esta fascinación que siente San Agustín ante el amor gratuito de Dios solo le es posible una vez que ha sobrepasado el carácter desconcertador de la gratuidad. Desconcertador en cuanto inexplicable para la razón. La gratuidad como el amor son “sin-razón”, “sin porqué”.

La gratuidad de Dios es inexplicable para la razón porque la razón busca causas, porqués, pero el amor, como la gratuidad, son “sin-porqué”. Justificar la gratuidad es negarla. El amor es necesariamente una gracia. El orden del amor sobrepasa, está más allá de todo mérito o demérito: pertenece al orden de lo gratuito.

Existe una relación sumamente estrecha entre luz y amor. El amor es, en primer, lugar “disponibilidad”, “gratuidad” y, por lo mismo, descen-tramiento de sí mismo. Es don de sí mismo al otro o a los otros. Quien ama no llama jamás la atención sobre sí mismo. No busca contemplarse ni mirarse a sí mismo. Si se detuviese sobre sí mismo, no se daría, no sería amor. El amor es semejante al rayo de luz. El rayo de luz no guarda jamás nada para sí mismo, no se detiene jamás en su camino para contemplarse. Se dirige siempre hacia los otros y llena de luz lo que toca. Tal es el efecto del amor, tal es igualmente el efecto de la luz.

La gratuidad del amor de Dios se expresa con claridad a través de la luz. La imagen de la luz se encuentra presente a lo largo de toda la Sagrada Escritura y, de forma particular, en el Evangelio de San Juan.

«Dios es luz» afirma San Juan (1 Jn 1, 5). «La luz te envuelve como un manto» (Ps 104, 2). «Su brillo es como el día, su mano destella velando su poder» (Habaq 3, 4). Por otra parte, Dios se muestra a Moisés, en primer lugar, bajo la forma de una “zarza ardiendo” (Ex 3, 1-10); más tarde, en el monte Sinaí, se le muestra como “una nube de luz” (Ex 19, 8-9). En los Salmos encontramos con suma frecuencia esta imagen de la luz y del fuego atribuida a Dios. Está la luz del rostro de Dios: «¿Quién nos hará ver la dicha, si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?» (Ps 4, 7). «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?» (Ps 27, 1). «En tu luz vemos la luz» (Ps 36, 9 y 10). De forma semejante encontramos este mismo tema de la luz en los profetas y, con suma intensidad, en el Nuevo Testamento. San Juan hace de la luz el tema dominante de su Evangelio. La luz es la clave de lectura de sus escritos. En su Primera Carta dice: «Este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna» (1 Jn 1, 5). Afirmar que Dios es luz es afirmar que toda la realidad está iluminada por él, que la realidad, personas, cosas y acontecimientos no pueden ser contemplados más que a la luz de Dios.

Dios es luz porque es amor. El amor lo ilumina todo. El Salmo 36 expresa bien la significación o el sentido bíblico de la luz de Dios: «Tu luz nos hace ver la luz» (Ps 36, 9). La palabra luz tiene dos significaciones. Existe, de una parte, la luz natural, la que vemos con nuestros ojos; de otra parte, la luz designa un “don de Dios” que es el principio y la fuente de toda vida. Es una metáfora del ser divino para mostrar la irradiación de su esplendor: «La luz te envuelve como un manto» (Ps 104, 2).

La imagen de la luz expresa la realidad de Dios. El sol como el fuego o la lámpara no cesan de irradiar, de emitir rayos luminosos; hacen sentir

a distancia su acción luminosa. Sin la luz nos es imposible ver las cosas y las personas. A ella, a la luz no la vemos, pero es por ella por lo que vemos todo. La luz le da a los ojos la posibilidad de ver y a los objetos la capacidad de ser vistos.

Con frecuencia nuestros ojos, fijos en los diversos colores, no ven la luz que hace posible que los veamos o, si la vemos, no somos conscientes de ello. Acontece algo semejante con relación a Dios. Fijando nuestra mirada en las cosas o en los acontecimientos que nos rodean, no somos sensibles a su presencia, aunque está realmente presente en todo y nos haga verlo todo. Habitados como estamos a las cosas de este mundo, cuando vemos la luz de Dios, nos parece que no vemos nada, más aún nos deslumbra.

LA NATURALEZA, PALABRA DE DIOS

La luz que es Dios se muestra de múltiples formas. En primer lugar por medio de la Naturaleza. Todos los seres revelan a Dios. La Naturaleza es como un inmenso libro escrito por la mano de Dios y en el cual Dios nos dice, nos revela su bondad y su belleza. Ninguna criatura permanece al margen de esta manifestación de Dios. El universo es una revelación permanente de Dios. La Naturaleza revela, manifiesta la gloria de Dios. Es un misterio que contemplamos y provoca nuestra alabanza. Los Salmos nos invitan a alabar a Dios creador: *«El afianzó sobre las aguas la tierra; porque es eterna su misericordia»* (Ps 136, 6). Invitan a todos los seres a cantar un cántico de alabanza a Dios. Escuchar a cada criatura cantar el himno de su existencia, es vivir con alegría y gozo en el amor de Dios.

Tenemos que saber contemplar la luz de Dios, su amor en las criaturas que nos rodea. Las cosas nos remiten a algo que está mucho más lejos que aquello que ven nuestros ojos o tocan nuestras manos. Son signos, palabras que Dios no cesa de dirigirnos para decirnos su amor.

«Pero ¿y qué es entonces? Pregunté a la tierra y me dijo: “No soy yo”; y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: “No somos tu Dios; búscale sobre nosotros”. Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo: “Se engaña Anaxímenes: yo no soy tu Dios”. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. “Tampoco somos nosotros el Dios que buscas”, me respondieron.

Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: “Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de

él". Y exclamaron todas con grande voz: Él nos ha hecho. Mi pregunta era mi mirada; su respuesta, su belleza.» (Conf. X, 9, PL 32, 783).

Las criaturas son mucho más que puros objetos sometidos a nuestra manipulación o al servicio de nuestros intereses. Lo mismo que Jesús, en el momento de su Ascensión, eleva la naturaleza humana hasta la gloria de Dios, tenemos que saber elevar, mediante la contemplación, las cosas que nos rodean hasta la gloria de Dios, contemplar cómo cada una de ellas manifiesta a Dios, es luz de Dios.

Esta contemplación de la Naturaleza nos permite descubrir detrás de cada cosa la enseñanza que Dios quiere transmitirnos. Contemplar es escuchar un mensaje, oír la voz de Dios. Cuando somos conscientes de la presencia de Dios en todo lo que existe, experimentamos el deseo de adorar al Señor por todas las criaturas.

Es cierto que la belleza de las cosas no se impone por sí misma. La manifestación de Dios en el mundo supone toda una conversión de la mirada. La manifestación de la luz de Dios en las criaturas pasa por la dinámica del amor: quien ama verdaderamente, llega a ser capaz de ver las cosas en sí mismas. Sin referencia a Dios, amamos las cosas por interés, no por ellas mismas. En ese momento la luz de Dios no puede más que retirarse, que ocultarse. Quien ama las cosas de esta forma, por interés, las adora. Idolatrando a aquello que se ama lo perdemos, porque en verdad no se le ama en sí mismo, por lo que es, sino por su utilidad. Es necesario ver las cosas, todas las criaturas a la luz de Dios: «*En su luz vemos la luz*» (Ps 36, 9): ver las cosas a partir de la luz de Dios. Es a la luz de Dios como descubrimos la realidad plena del universo.

«Ponía yo delante de los ojos de mi alma toda la creación (así lo que podemos ver en ella, como es la tierra y el mar, el aire y las estrellas, los árboles y los animales, como lo que no vemos en ella, cual es el firmamento del cielo, [...]) Me imaginaba yo esta masa inmensa, no cuanto ella era realmente –que esto no lo podía saber–, sino cuanto me placía, aunque limitada por todas partes; y a ti, Señor, como a un ser que la rodeaba y penetraba por todas partes, aunque infinito en todas las direcciones, como si hubiese un mar único en todas partes e infinito en todas direcciones, extendido por la inmensidad, el cual tuviese dentro de sí una gran esponja, bien que limitada, la cual estuviera llena en todas sus partes de ese mar inmenso. De este modo imaginaba yo tu creación, finita, llena de ti, infinito». (Conf. VII, 5, 7).

La bondad como la belleza de todo lo que contemplamos no reside en sí mismo, sino en el hecho de tener su ser, su realidad en Dios. «Cuando el hombre ve algo que es bueno, es Dios el que ve en él que es bueno, para que Dios sea amado en su obra» (Conf. XIII, 31, 46). Es pues Dios quien es amado en sus criaturas.

Para comprender esta expresión de San Agustín es preciso captar la bondad y la belleza de las criaturas a partir del don. Los seres de este mundo se nos presentan como buenos en la medida en que se nos muestran como dones de Dios.

Se podría hacer la analogía con lo que acaece con el regalo. El sentido auténtico del regalo es manifestar el amor de aquel que lo hace. La actitud de quien lo recibe es la de amar a aquel que se lo ha hecho y a través del regalo mismo que le ha entregado. Lo mismo sucede con las criaturas: su bondad no es propiedad de ellas, sino que manifiestan la gratuidad, la bondad de Aquel que las da.

Por otra parte quien recibe un regalo no busca una explicación, su causa. Es un don, un don absolutamente gratuito, porque eres tú y nada más. La palabra adecuada que responde al regalo es el agradecimiento. Si las cosas que vemos se nos presentan como algo que se nos da, como regalos de Dios, la única palabra que puede responder adecuadamente a este don es la alabanza. Es preciso cantar en lo más profundo del corazón el *Cántico de la de la creación* (Dn 3, 57-88).

«Lo cual no lo sería si no fuera por el Espíritu que nos ha dado; porque el amor de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado, por el cual vemos que es bueno cuanto de algún modo es, porque procede de aquel que existe, no de cualquier modo, sino por esencia.». (Conf. XIII, 31, 46, PL 32, 865).

“QUIEN ESTÁ CERCA DE MÍ ESTÁ CERCA DEL FUEGO”

La luz de Dios se manifiesta de una forma aún más clara en la Sagrada Escritura. Con frecuencia la Escritura habla de la palabra de Dios como de una palabra de fuego. Al profeta Jeremías Dios le dice: «*¿No es mi palabra como un fuego?*» (Jr 23, 29) «*Haré que sean mis palabras igual que fuego en tu boca, el pueblo será la leña, todos serán consumidos*» (Jr 5, 14). Ninguna imagen expresa mejor la realidad de la Palabra de Dios que el fuego.

El fuego es calor y es luz, quema e ilumina. Hay un calor que preserva de la glaciación, que conserva la vida, pero hay igualmente un calor que quema, que devora y consume.

La Palabra de Dios, su meditación, calienta el corazón como calentó el corazón de los discípulos de Emaús, y, a la vez, destruye en el corazón todo lo que pueda haber en él de enfermo e inútil. La Palabra purifica el corazón. Por otra parte, se le atribuye a Jesús esta frase que, por otra parte, no se encuentra en la Sagrada Escritura: «*Quien está cerca de mí está cerca del Fuego*». Acercarse a la Sagrada Escritura es acercarse al fuego. Al fuego lo conocemos porque nos quema. Conocer el fuego, como meditar la Sagrada Escritura, es liberar el fuego que arde en ella, dejarse quemar el corazón.

«Yo también medito las Palabras del Señor y la estudio; pero no sé si soy tal que, en mi meditación, el fuego que brota de cada palabra de Dios abrasa mi corazón, quema mi alma para realizar lo que medito» (Orígenes, Hom. Sobre los Sal. 36-38).

Al acercarnos de la Escritura tenemos que dejarla que nos purifique. Dios quema los pecados, los destruye, los consume. La meditación de la Palabra de Dios purifica el corazón. Dios nos transforma en él. En cierto modo nos diviniza. La Biblia pone a nuestra disposición la santidad del Dios vivo. La presencia de Dios en la Biblia es como un permanente descenso de Dios hacia nosotros. Dios se pone en nuestras manos: «Cuando lees, es Dios quien te habla; cuando oras eres tú el que hablas a Dios» (En. ps. 85, 7, PL 36, 1086).

Acercarse a la Escritura posee ciertas características peculiares. La lectura ordinariamente trata de dominar la lengua, la forma de las expresiones literarias con el fin de asimilar, de apropiarse del contenido del libro. Tratándose de la Escritura la finalidad no es tanto el dominarla como dejarse dominar por ella; la finalidad no es el interrogarla, sino dejarnos interrogar por ella. Es preciso que la Palabra realice su obra en nosotros. De la Palabra de Dios es necesario acercarse como nos acercamos del fuego: dejándonos quemar.

El fuego de la Palabra de Dios es un fuego purificador. En realidad nada purifica mejor que la Palabra ya que nada penetra tan profundamente como ella en el corazón. «*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto en donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón*» (He, 4, 12).

Pero la Biblia no solo purifica, ilumina igualmente, ilumina nuestro espíritu. Nos revela a nosotros mismos. San Agustín nos dice: «Dios te proporcionó el espejo de la Escritura. En ella se lee: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. En esta frase se ha colocado un espejo ante tus ojos. Mira a ver si eres lo que él dice; si aún no lo eres, lámentalo para que lo seas. El espejo te presenta tu rostro verdadero.» (En. ps 103 I, 4, PL 36, 1338).

Este espejo que nos muestra el verdadero rostro de nuestro espíritu es la mirada de Dios sobre nosotros. Esta mirada de Dios muestra nuestras tinieblas, pero sobre todo nos muestra nuestro rostro presente y nuestro rostro futuro. Es la luz que ilumina lo que somos, e, igualmente, lo que tenemos que ser y cómo llegar a serlo.

En la obscuridad nos sentimos desorientados, perdidos, extraviados. No sabemos a dónde dirigir nuestros pasos. Carecemos de puntos de referencia que nos permitan orientarnos. No vemos con claridad. Caminamos en medio de dudas, y, sobre todo, en soledad. La noche, la obscuridad es la imagen del pecado. El pecado es el principio de la obscuridad del alma. «En efecto, al alma que se aleja de él la castiga primero con la ceguera misma, comienzo de otras penas. De hecho, quien se aparta de la luz verdadera, es decir, de Dios, ya queda ciego. Aún no siente el castigo, pero ya lo tiene encima.» (S. 117, 5, PL 38, 664). «De hecho, nosotros, alejándonos de Dios hacia el pecado, perdemos la iluminación, y volviéndonos hacia Dios, recibimos la iluminación, pues una cosa es la luz que nos ilumina, y otra nosotros que somos iluminados. En cambio, porque la luz misma que nos ilumina es luz, no se aleja de sí ni pierde la luz» (Io. eu. tr. 21, 4 P: 35, 566). «De hecho, quien se aparta de la luz verdadera, es decir, de Dios, ya queda ciego» (S. 117, 5, PL 38, 664).

El pecado hace olvidar la ley interior que Dios ha puesto en el corazón como una lámpara encendida para iluminar nuestros pasos. «Oh hombres, no seáis tinieblas, no seáis infieles, injustos, inicuos, ladrones, avaros, amantes del mundo: éstas son las tinieblas. La luz no está ausente, pero vosotros estáis ausentes de la luz. Un ciego, al sol, tiene presente al sol, pero él mismo está ausente del sol. No seáis, pues, tinieblas.» (Io. eu. tr. 3, 5, PL 35, 1398).

Frente a esta obscuridad el Señor, a través o por medio de su Palabra, viene a iluminar nuestros pasos: «*Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero*» (Ps 118, 105).

La lámpara tiene por función iluminar, hacer que tomemos conciencia de lo que nos rodea con el fin de que no caigamos por tierra. Permite ver los peligros que se encuentran a nuestro paso. Si caminamos en la obscuridad, nuestro caminar se hace peligroso. Corremos el peligro de tropezar y caer en cualquier momento. Cuando nuestros pasos están bien iluminados caminamos con seguridad. El Salmo dice: «*El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*» (Ps 27, 1). San Agustín expresa con claridad esta misma idea diciendo que la Sagrada Escritura no es una palabra abstracta, sino una carta que Dios nos escribe para indicarnos el camino seguro, la ruta que nos lleva hacia Él y que tenemos que seguir para no perdernos: «Mientras nosotros estamos peregrinando, exiliados y sufriendo, ellos están ya en la ciudad y esperan nuestra llegada. De aquella ciudad, a la que nosotros peregrinamos exiliados, nos han llegado unas cartas: son las santas Escrituras, que nos exhortan a vivir bien. Pero ¿qué digo? ¿Qué nos llegado unas cartas? El mismo rey ha descendido y se nos ha hecho para nosotros camino este destierro; de manera que caminando en él, no nos equivoquemos ni desfallezcamos, ni caigamos en manos de los ladrones, ni nos dejemos atrapar por las trampas colocadas al borde del camino.» (En. ps. 90, II, 1, PL 36, 1159).

Es preciso cuidar bien la lámpara de la Escritura, y la cuidamos, sobre todo, a través de la “*lectio divina*”, a través de la meditación, como tenemos que saber detenernos de cuando en cuando para consultarla con el fin de saber en dónde nos encontramos, hacia dónde tenemos que caminar y qué camino tenemos que seguir.

La luz de nuestro corazón es el amor. Si el amor está ausente, nuestro corazón se encontrará en la obscuridad. Este amor es preciso entretenerlo como se entretiene una lámpara: llenándola de aceite.

Corremos el peligro de vivir en y desde la rutina, instalados en viejas costumbres, sin prestar atención alguna al corazón. Creemos que el amor va de sí. Y he aquí que nuestro corazón se vacía, se apaga. Con un corazón vacío de amor no se puede entrar en la meditación de la Sagrada Escritura. Un corazón vacío de amor no puede comprender la Palabra de Dios, porque Dios no es más que amor y al amor solo el amor lo conoce.

«Presenta tú uno que ame, y entenderá lo que digo. Presenta un deseo, presenta un hambriento; presenta uno, desterrado y sediento en esta soledad, y que suspira por la fuente de la patria eterna; presenta uno así, y sabrá qué digo. Si, en cambio, hablo a alguien frío, desconoce de qué hablo» (Io. eu.tr. 26, 4, PL 35, 1608).

Conocer, reconocer no es fruto de la voluntad, sino del corazón. El conocimiento no es más que el aroma del corazón. Solo el amor nos permite conocer a las personas, nos hace conocer a Dios. «Te acercas a la luz y eres iluminado y contado entre los hijos de Dios; si te alejas de la luz, te oscureces y eres computado entre las tinieblas; aquella Luz empero no se acerca a sí, porque no se aleja de sí.» (Io. eu. tr. 48, 9, PL 35, 1745). «Pero la lámpara puede encenderse, puede asimismo apagarse; mas, para que no se apague, que no le dé el viento del orgullo.» (S. 67, 9, PL 38, 437).

Por otra parte, el amor no se puede compartir. Podemos compartir el pan, el vino, los alimentos o los bienes de esta tierra, pero el amor no se puede compartir jamás. Cada uno tiene su propio corazón. El amor tampoco es un bien que se puede comprar. Nace, brota en cada persona y solo llegamos a desarrollarlo con el amor a los demás. «Puedes decirme: “No he visto a Dios”; pero ¿puedes acaso decirme: “No he visto al hombre”? Ama al hermano. Pues, si amas al hermano que ves, verás a la vez a Dios, puesto que verás la misma caridad, dentro de la cual habita Dios.» (Io. ep. tr. 5, 7, PL 35, 2016).

Es cierto que el ambiente en el cual vivimos actualmente no favorece en nada al amor: concurrencia en el trabajo, envidias, búsqueda inmediata de la utilidad. Todo esto corre el peligro de vaciar el corazón. Un corazón vacío de amor se hace indiferente, insensible a la presencia de los demás. En dicho caso se otorga más valor e importancia al trabajo, al rendimiento que a las personas. No sentimos ni siquiera su presencia. Y sin embargo Jesús no cesa de venir a nosotros, de llamar a la puerta de nuestro corazón invitándonos a entrar con él en el banquete del Reino.

Solo el amor hace comprender la Palabra de Dios. El fuego, la luz ilumina el alma. Hay fuego en la lectura espiritual, en la “*lectio divina*”. La palabra de la Escritura es una palabra que quema. Su lectura transmite el fuego de Dios.

La lectura contemplativa de la Palabra de Dios exige tiempo y silencio, es decir, una vida alejada de los acontecimientos inmediatos y de la urgencia que estos suscitan para responder a su llamada. La lectura meditativa de la Palabra de Dios es el lugar en donde el fuego de Dios llega, se acerca a nosotros y nos quema. No se puede comprender la Palabra de Dios a no ser que sea una palabra de fuego y un fuego de palabra.

«*Recibid el reino e Id al fuego eterno*». ¿Por qué los primeros han de recibir el reino? Tuve hambre, y me disteis de comer. ¿Por qué han de ir los segundos al fuego eterno? Tuve hambre, y no me disteis de comer. ¿Qué

significa esto? Decídmelo, os lo ruego. Respecto a los que han de recibir el reino, bien veo que le dieron al no despreciar, como buenos fieles cristianos, las palabras del Señor y al esperar con confianza sus promesas. Así lo hicieron, porque, de lo contrario, esa esterilidad no se hubiese ajustado a su vida santa. Quizá eran castos, quizá no defraudaban a nadie, no se emborrachaban y se abstenían de las malas obras. Pero, si no hubiesen añadido aquello, hubiesen permanecido estériles. Hubiesen cumplido esto: Apártate del mal, pero no aquello otro: Y haz el bien. Con todo, ni siquiera a esos tales dice: «Venid, recibid el reino, pues habéis vivido castamente, no defraudasteis a nadie, no oprimisteis a ningún pobre, no invadisteis el terreno de nadie y a nadie engañasteis jurando en falso». No fue eso lo que dijo, sino: Recibid el reino. ¿Por qué? Porque tuve hambre, y me disteis de comer. ¡Cuán excelente ha de ser esta obra, si el Señor calló todas las demás y la mencionó sólo a ella!» (S. 389, 5, RB 58 (1948) 50).

En este sentido encontramos la expresión de los discípulos de Emaús: «*No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras*» (Lc 24, 32). Esta frase da sentido y fundamento a la comprensión de la Sagrada Escritura. Abrir la Escritura, meditarla es liberar el fuego que arde en ella.

El fuego recibido de Dios por medio de la meditación de la Escritura es, en primer lugar, el amor fraterno que se manifiesta en la cura de las propias heridas y de las heridas de los demás. El fuego de Dios es el fuego de la caridad, de la fraternidad.

CRISTO, PLENITUD DE LA ESCRITURA

La revelación perfecta de Dios-Amor y Luz es Cristo. Cristo no es más que la realización plena de la Escritura: «Todo lo contenido en ellas emite el sonido de Cristo, pero a condición de que encuentre oídos que lo oigan» (Io. ep. tr. 2, 1, PL 35, 1989). «Recuerda que el discurso de Dios es uno solo, extendido en todas las Escrituras; y que, por la boca de muchos santos, resuena la única Palabra, que, al ser desde el principio Dios con Dios, carece de sílabas, ya que está fuera del tiempo; y no nos debe extrañar que, a causa de nuestra debilidad, descendió hasta la articulación de nuestras voces, cuando vino a asumir la debilidad de nuestro cuerpo» (En. ps. 103, IV, 1, PL 37, 1378).

Es Cristo quien nos permite comprender los pasajes más oscuros de la Escritura. Cristo es fuente de inteligibilidad, Maestro interior.

La Escritura se nos presenta como la luz de Dios: *«Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero»* (Ps 118, 105). Y he aquí que Cristo nos dice: *«Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida»* (Jn 8, 12; 12, 46).

El discípulo de Jesús es un *“iluminado”* (He 10, 32). Es la razón por la que en los primeros siglos de la Historia de la Iglesia se consideraba el bautismo como una *“iluminación”*. Y es en este mismo sentido cómo las conversiones más espectaculares como la de San Pablo (Act 9, 3) o la del mismo San Agustín se expresan en términos de luz.

«Hágase la luz y la luz se hizo, entiendo yo que no es incongruente aplicarlo a la criatura espiritual, porque ésta era ya una cierta vida, a la que habías de iluminar. Pero así como no tenía mérito alguno ante ti para ser una vida tal que pudiera ser iluminada, así tampoco, teniendo ya la existencia, pudo merecer de ti el ser iluminada. Porque ni aun su infirmitad te agradara si no fuese hecha luz, no por la existencia, sino por la intuición de la luz que ilumina y adhesión a ella, para que lo que de algún modo vive, y lo que vive felizmente, no lo deba sino a tu gracia, convirtiendo a mejor, hacia aquello que no es susceptible de cambio ni a mejor ni a peor. Lo cual eres tú solo, porque tú solo eres el único Ser simplicísimo para quien no es cosa distinta la vida y la vida feliz, porque tu ser es tu felicidad.» (Conf. XIII, 3, 4, PL 32, 846).

Quien recibe la luz de Jesús llega a ser *«hijo de la luz»* (Jn 12, 36), es decir se hace luz: *«Vosotros soys la luz del mundo»* (Mt 5, 14). Somos luz y, a la vez, tenemos que irradiar la luz de Cristo. Nuestros comportamientos han de ser obras de luz: *«Todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras»* (Jn 3, 20), es decir, obras de amor (Mt 5, 16). Por esto San Juan dice: *«Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la Luz y no tropieza»* (1 Jn 2, 9-10).

Jesús resucita al alba del día para indicarnos que la Resurrección es la victoria de la luz sobre la tiniebla. Pasa de la muerte a la vida. De estar encerrado en un sepulcro, sin palabras, aislado, en medio de la obscuridad a una vida de unión, de comunión. En la Resurrección la luz de Cristo ilumina la vida con una nueva claridad. Brilla más que el mismo sol. La Resurrección de Cristo se expresa con claridad en la liturgia del sábado Santo. Cristo resucitado está simbolizado por el cirio pascual que rompe, destruye las tinieblas, la obscuridad de la iglesia y avanza encendiendo las velas de nuestros corazones para iluminar a continuación a toda la iglesia.

La Resurrección de Cristo es la irrupción de la luz en medio de la oscuridad de la noche. La muerte ha sido vencida, el sepulcro está abierto. A partir de la Resurrección la luz de Dios se extiende por todo el universo.

Con Jesús resucitado brota la luz de la verdad. El Evangelio dice: «*Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles ampliamente*» (Mc 6, 34). Hoy como entonces encontramos no pocas personas que no saben a dónde dirigir los pasos de la vida, ni cuáles son los valores por los que regirse.

Jesús es la luz de la vida. Indica a donde vamos y el camino que hemos de seguir. «Oigámosle: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Si buscas la verdad, mantén el camino, porque el Camino es el mismo que la Verdad. Ella en persona es adónde vas, ella en persona es por donde vas; no vas por una realidad a otra, no vienes a Cristo por otra cosa; por Cristo vienes a Cristo. ¿Cómo «por Cristo a Cristo»? Por Cristo hombre a Cristo Dios; por la Palabra hecha carne a la Palabra que en el principio era Dios en Dios» (Io. eu. tr. 13, 4, PL 35, 1494).

Esta luz de Dios, que es Jesús, tenemos que saber acogerla. Acoger la luz es vivir de ella y en ella. Dejar que ilumine nuestra vida. Jesús es la fuente misma de una luz susceptible de iluminarnos en el camino de la comunión fraterna. «*Si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros [...] Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas: camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos*» (1 Jn 1, 7 y 2, 9-11).

La ausencia de amor fraterno nos sume en una oscuridad tan espesa que nos condena a errar sin rumbo (1 Jn 2,11): «*No sabe a dónde va*». Hay una total incompatibilidad entre la carencia de amor fraterno y la presencia iluminadora de Cristo.

“MORAD EN MI PALABRA”

Jesús nos pide que permanezcamos en su Palabra. El verbo permanecer es un verbo que aparece con insistencia a lo largo de todo el Evangelio de San Juan. Para comprender su sentido es necesario analizar los primeros textos del Evangelio de San Juan en donde este verbo, “permanecer”, aparece.

Juan Bautista se encontraba con dos de sus discípulos, Juan y Andrés. En aquel preciso momento pasa Jesús. Juan Bautista, fijando sus ojos en Jesús, dice a sus dos discípulos: «*He aquí el Cordero de Dios*». Juan y Andrés, impresionados por estas palabras de Juan, comienzan a seguir a Jesús. No es aún un encuentro con Jesús, no es más que el primer paso “hacia” ese encuentro. Jesús se vuelve “hacia” los discípulos que le siguen. Fijó su mirada en ellos, dice el Evangelio. El verbo que emplea el Evangelio implica una forma particular de mirar. Es un mirar lleno de respeto y de amor. Jesús les dice: «*Qué buscáis?*» Los discípulos le responden con otra pregunta: «*¿Maestro, dónde moras?*». No preguntan: «Maestro, quién eres tú?» No preguntan por la identidad personal de Jesús. De momento solo preguntan: «*¿Dónde moras?*». Buscan conocer su casa, el lugar donde mora.

El verbo “morar” es uno de los verbos más expresivos del Evangelio de San Juan. Para captar su sentido es necesario prestar atención al “*estar-en*” o “*habitar*”. Existen algunos matices propios a cada una de estas expresiones. “*Estar-en*” un lugar indica mucho más que estar allí, en ese lugar con pasividad o con inercia como está el agua en el vaso. “*Estar-en*” quiere decir encontrarse allí, con serenidad, libre de presiones y rutinas. Es un estar como está “el pez en el agua”. “*Estar-en*” indica una forma peculiar de estar allí y que San Pedro expresará con claridad en el momento de la Transfiguración: «*Maestro, qué bien se está aquí*». No es suficiente estar allí, de encontrarse en un lugar, es preciso aún “habitarlo”, “morar” en él. Morar es hacer de un lugar nuestra casa. Hacer de un lugar nuestra casa, nuestra morada exige el ordenar todo lo que hay en ella a nuestro gusto, darle vida. Pero “morar” indica aún más. Indica una permanencia, una estabilidad, una permanencia. Indica, sobre todo, enraizar nuestra vida al lugar en donde habitamos.

Allí en donde moramos somos realmente nosotros mismos, lejos de las asechanzas del exterior, rodeados de una protección. La casa, la morada es más que un lugar de habitación. Ciertamente ella nos permite estar al abrigo de toda intemperie y de las amenazas de toda clase, pero no lo es en primer lugar y sobre todo. La casa nos protege sobre todo del anonimato. El anonimato es un estar “sin lugar”, “sin raíces”. La casa hace que recobremos la identidad, la verdad, el nombre propio en medio de una sociedad en dónde nadie se conoce, en donde nadie existe para los demás. Es ahí, en la casa en donde llegamos a ser nosotros mismos: lejos de las modas y de las actitudes que impone la sociedad. Habitar la casa exige, sobre todo, tomar en mano la propia vida.

La casa nos purifica del anonimato. Fuera de la casa somos invisibles. En las grandes ciudades nadie se conoce. Por el contrario en la casa nos liberamos del anonimato. En ella encontramos o reencontramos nuestra identidad. Somos alguien y no algo.

A la pregunta de los dos discípulos, Jesús responde: «*Venid y veréis*» o de una forma más precisa: «*Venid y llegareis a ser videntes*». Es pues yendo y solamente yendo con Jesús como se llega a la visión. Quien no se expone al peligro de ponerse en camino no podrá jamar ver.

Es cierto que por el momento Jesús no dice en dónde mora y lo que los discípulos van a ver. Más tarde Jesús dará la respuesta sobre su morada y sobre lo que los discípulos verán. Dirá que su morada es la misma morada del Padre: «*Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*» (Jn 14, 11) «*En la casa de mi Padre hay muchas moradas. [...] Os llevaré conmigo para que donde estoy yo estéis también vosotros*» (Jn 14, 2-3).

La morada es el lugar en donde se reside de manera permanente. La morada de Dios era, en el Antiguo Testamento, el Templo. El Templo era el lugar de la presencia de Dios en medio del pueblo (Ex 33, 7; Ps 69, 10). En el Prólogo del Evangelio de San Juan podemos leer: «*El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*» (Jn 1, 14). Hace alusión al templo, lugar de la presencia de divina. Dios se hace presente en Jesús de una forma aún más clara que en el Templo: «*Pues os digo que aquí hay uno que es más que el templo*» (Mt 12, 6) Y en otro lugar, los judíos le piden a Jesús: «*Qué signo nos darás, para obrar de esa forma?*» Jesús les respondió: «*Destruid este Templo, y en tres días yo lo levantaré [...] Pero él hablaba del templo de su cuerpo*» (Jn 2, 18-21).

Jesús es la morada de Dios, el lugar de la presencia de Dios, de su manifestación entre los hombres. A la pregunta de los discípulos: «*¿Maestro, en dónde moras?*», Jesús responde: «*Venid y veréis*». Venid y veréis mi gloria, mi identidad, lo que soy. Manifiesta a los discípulos lo que él es, su identidad. Juan, más tarde, dirá haciendo memoria de haber morado con Jesús: «*Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo*» (1 Jn 1, 1-3).

El Evangelio dirá que los dos discípulos, Juan y Andrés, «*Entonces fueron, vieron donde moraba y se quedaron con él todo el día*» (Jn 1, 39). Los tres verbos están estrechamente unidos, encadenados: “Venir”, “morar”, “ver”.

Este texto del Evangelio ayuda a comprender el pasaje del Evangelio en donde Jesús dice: «*Si moráis en mi palabra seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*» (Jn 8, 31).

En aquel momento encontramos que hay todo un conjunto de personas que comienzan a creer en Jesús. Creer en Jesús es seguirle. Comienzan, pues, a seguir a Jesús. Su actitud es semejante a la de los dos discípulos, Juan y Andrés. También ellos comenzaron a seguir a Jesús. Jesús les dice: «*Venid y veréis*». Aquí les dice: «*Si moráis en mi palabra*». Morar, habitar su palabra: la palabra de Jesús es, en primer lugar, la Palabra misma de Dios. Él es el Verbo, la Palabra de Dios. Ciertamente Dios nos habla a través de los profetas, a través de la Sagrada Escritura, pero Dios nos habla sobre todo a través de Jesús. La Carta a los Hebreos lo dirá con plena claridad. «*En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo*» (He 1, 1-2). Jesús no es más que la realización plena de la Escritura. La Biblia, y de forma particular el Antiguo Testamento, adquiere todo su sentido por Cristo.

«Recordad que el discurso de Dios es uno solo, extendido en todas las Escrituras; y que, por la boca de muchos santos, resuena la única Palabra, que, al ser desde el principio Dios con Dios, carece de sílabas, ya que está fuera del tiempo; y no nos debe extrañar que, a causa de nuestra debilidad, descendió hasta la articulación de nuestras voces, cuando vino a asumir la debilidad de nuestro cuerpo; pero además, este salmo, que contiene en sí misterios, que están cerrados, para que a los que llamen se les abra, nos proporcionó muchas explicaciones, y nos retuvo no pocos días anunciándolos, recordándolos, demostrando que estaban ocultos, sacándolos a luz y declarándolos» (En ps 103, IV, 1, PL 37, 1378).

«*Permaneced en mi palabra*». Para conseguirlo tenemos, en primer lugar, que entrar en su palabra. El modelo es la Virgen María. El Evangelio repetidas veces dice: «*María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*» (Lc 2, 19; 2, 51). La actitud interior de María frente a los acontecimientos en los que descubre la realización de las Escrituras, sugiere una forma de entrar, de morar en la palabra de Jesús. La comprensión de la Escritura solo nos es accesible en el interior del corazón. No se puede leer la Palabra de Jesús como se lee un libro cualquiera. Leerla es ponerse a su escucha. Es necesario pues «oír la palabra desde dentro» (Conf XIII, 9, 11, PL 32, 829).

San Agustín no cesa de exhortarnos a entrar en nosotros mismos, porque es en lo más íntimo de nosotros mismos en donde el Maestro interior

nos instruye. «Volveos, pues, a vuestro corazón, y si estáis bautizados, en él encontraréis a Cristo; él os habla allí. Pues yo grito pero él enseña más con su silencio. Yo hablo mediante el sonido de mi palabra; él habla interiormente infundiendo pensamientos de temor. Así, pues, que él haga pasar a vuestro interior mis palabras con las que me atreví a deciros: “Vivid bien para no morir mal”. He aquí que, puesto que hay fe en vuestro corazón y también en él habita Cristo, también él tiene que enseñaros lo que yo deseo inculcaros.» (S.102, 2, PL 38, 611).

«Quien tiene su cátedra en el cielo es quien instruye los corazones. Por eso dice también él mismo en el evangelio: No permitáis que os llamen maestros en la tierra; único es vuestro maestro, Cristo. Así, pues, que él os hable interiormente, cuando no está presente ningún hombre. Porque aunque haya alguien a tu lado, nadie hay en tu corazón. Que no haya nadie en tu corazón, que esté sólo Cristo; esté en tu corazón su Unción, para que no se halle como corazón sediento en el desierto y sin fuentes que lo rieguen. Quien instruye, pues, es el maestro interior; quien instruye es Cristo, quien instruye es su Inspiración. Donde falta su Inspiración y su Unción, en vano suenan exteriormente las palabras, por alto que suenen. Las palabras que emitimos al exterior son, hermanos, lo mismo que el agricultor respecto del árbol: actúa exteriormente, le aporta el agua y el cultivo esmerado. Pero ¿acaso lo que aporta él desde el exterior origina el fruto? ¿Acaso viste la desnudez de los troncos con el sombrío follaje? ¿Acaso su actuar obra algo en el interior del árbol? ¿A quién se debe? Escuchad al Apóstol en condición de agricultor y ved lo que somos; escuchad quién es el maestro interior: Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento; ni el que planta ni el que riega es algo, sino quien da el crecimiento, Dios.» (Io. ep. tr. 3, 13, PL 35, 2004-2005).

Para morar en su Palabra se precisa toda una preparación. San Agustín no cesa de exhortarnos a entrar en nosotros mismo para ser instruidos por el Maestro interior. El proceso que tenemos que seguir es recogernos, entrar en lo más íntimo del corazón. El mora ahí; en lo más íntimo del corazón ha establecido su morada. Jesús dice a Juan y a Andrés: «*Venid y veréis*». “Venid” significa entrar en su presencia. Es viniendo y solamente viniendo cómo se llega a la visión, al conocimiento de la Verdad. Es del “venir” de donde nace el “ver”. El «venir se transforme en ver», en ver al Señor, en conocer la Verdad, porque la Verdad de la que habla Jesús es él mismo.

Este “venir” podemos llamarlo “*lectio divina*”. La “*lectio divina*” es precisamente el medio, el camino que nos conduce o lleva a la morada de

Jesús. La Sagrada Escritura se dirige, habla personalmente a cada persona. Para leerla es necesario poseer una mentalidad de destinatarios, es decir, estar persuadidos de que la Escritura se dirige personalmente a nosotros. La *“lectio divina”* es el lugar de un encuentro personal con Aquel que nos habla (Jn 4, 26): *«Le hablo al corazón»* (Os 2, 16).

La Escritura es más que un libro de historia, es sobre todo un libro de vida, el libro de nuestra vida y tenemos que saber reconocernos en ella. Nos revela no solo lo que somos sino igualmente, y sobre todo, lo que tenemos que ser. Habla, ciertamente, de Dios, pero no de una forma abstracta, teórica, sino de un Dios en relación con nosotros, de un Dios que busca comunicarse con nosotros, que no cesa de interrogarnos.

Frente a un texto de la Escritura nuestra primera actitud ha de ser, en primer término, conocer y bien conocer lo que dicho texto desea o quiere decirnos, comunicarnos. La Escritura es una palabra que Dios nos dirige a cada uno personalmente para ayudarnos a conformar nuestra vida con su vida. Nuestra actitud frente a la Escritura ha de ser la misma de los oyentes de Jesús en la Sinagoga de Nazaret: *«Todos en la Sinagoga tenían los ojos fijos en él»* (Lc 4, 20). Tenemos que fijar los ojos, la mirada en Jesús. Es la contemplación de Jesús quien nos abre la Escritura, porque en toda la Escritura es Jesús quien habla. «Por lo tanto, desde ahora, cuando oigamos un salmo, algún profeta o la ley, todo lo que se escribió antes de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, toda nuestra voluntad y atención debe centrarse en ver allí a Cristo, en entender que aquello se refiere a Cristo.» (En. ps. 98, 1, PL 37, 1258).

«Todo el empeño de los autores sagrados consistió en dar a luz aquella Cabeza que ya ascendió al cielo y este su cuerpo que se fatiga en la tierra hasta el final.» (C. Faust. 22, 94, PL 42, 463)

Cristo es pues la clave que nos permite comprender la Escritura. Jesús es nuestra Verdad, es nuestra Vida. Es sobre él sobre quien tenemos que modelar nuestra vida. Por esto al final de la meditación de un texto de la Escritura es preciso decir como Jesús: *«Esta palabra de la Escritura que acabo de leer, de meditar es hoy día cuando se cumple, es hoy cuando se cumple en mi vida»* (Lc 4, 21).

La palabra de Dios es una palabra de vida y viene a dar sentido a nuestra vida, viene a ayudarnos a conformar nuestra vida con la vida de Jesús.

La Palabra de Dios es una luz que nos descubre a nosotros mismos. A lo largo de su lectura, de su meditación tenemos que pasar de una idea del Libro como texto, a una idea del Libro como vida

Para que la Palabra de Dios llegue a ser para nosotros realmente palabra viva, que nos queme el corazón es necesario que el Espíritu Santo ilumine la lectura. Es preciso invocar al Espíritu Santo: *«Invoqué y vino a mí el Espíritu de Sabiduría»* (Sab 7, 7).

La *“lectio divina”* ha de ser una especie de resurrección del Libro. Es el Espíritu Santo quien resucita nuestra lectura. *«El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos»* (Rm 8, 11), la mañana de Pascua, es el mismo que resucita cada día la lectura de la Biblia. Al comunicarnos su Espíritu, nos asocia a la resurrección de Cristo, realizamos la experiencia de la resurrección como los discípulos realizaron la experiencia de la verdadera realidad de Jesús en el momento de la Transfiguración.

La *“lectio divina”*, iluminada por el Espíritu Santo, es para nosotros la Resurrección, la Transfiguración de aquello que estamos leyendo.

La Palabra de Dios interiorizada, nos construye, nos crea, nos conforma a Jesús y llegamos a ser verdaderamente discípulos suyos: *«Si moráis en mi palabra seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»* (Jn 8, 31).

La Palabra de Dios es una palabra creadora. Hace lo que significa. En la *“lectio divina”* escuchamos, acogemos la Palabra y ella nos hace a imagen de Jesús.

Es cierto que la *“lectio divina”* es un trabajo exigente. En el momento de leer la Escritura se encuentran no pocas dificultades: sequedad, ninguna estrella brilla en nuestro espíritu. Es una especie de fracaso, de vacío. Esto procede, en general, de no haber encontrado aún la Escritura como algo personal. Es preciso ser hortelanos, jardineros de la Escritura. Trabajarla como el jardinero trabaja su jardín, su terreno. A medida que la trabajamos, que la cuestionamos ella nos trabaja y nos transforma. El Espíritu Santo que la habita pasa a habitarlos a nosotros. La *“lectio divina”* es un nuevo Pentecostés: nos llena de fuego. *«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»* (Lc 24, 12). La Sagrada Escritura ha de ser la escuela en donde nuestro corazón se forma y se configura con el corazón de Jesús. Morar en la palabra de Jesús nos hace discípulos suyos.

CRISTO, MAESTRO INTERIOR

El Verbo de Dios, Cristo habita, está presente igualmente en el corazón del hombre y ahí nos enseña e instruye. Es ahí en donde llega a ser “*Maestro interior*”. «Tenemos en efecto un Maestro interior, Cristo» (Io. eu. tr. 20,3, P. L 35,1557). «Quien instruye, pues, es el maestro interior; quien instruye es Cristo, quien instruye es su Inspiración. Donde falta su Inspiración y su Unción, en vano suenan exteriormente las palabras, por alto que suenen» (Io. ep. tr. 3, 13, PL 35,2004).

Para ser enseñado, instruido por Cristo es preciso ponerse a su escucha, pero allí en donde él habla, en lo más profundo del corazón. Es necesario entrar en sí mismo, hacerse presente a sí mismo. «Así el hombre, estando Dios presente a él es iluminado, mas apartándose de él inmediatamente se oscurece. De Dios no se aleja el hombre con espacios de lugar, sino con el apartamiento de la voluntad.» (Gn. litt. VIII, 12, 26, PL 34,383).

Dios no cesa de llamarnos para que entremos en nuestro corazón, para prestar atención a su llamada. Lo hace a través de “*admoniciones*”, de lecturas, de amigos, de signos exteriores. No cesa de llamar al hombre a entrar en su corazón para instruirle allí, en lo más íntimo de sí mismo: “*Foris admonet, intus docet*» (Lib. arb. II, 14, 38, PL 32,1262).

Pero el hombre, encontrándose disperso, no oye a Dios que le habla en el fondo del corazón. «¿Y dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas, ciertamente, delante de mí, mas yo me había apartado de mí mismo y no me encontraba. ¿Cuánto menos a ti?» (Conf. V, 2, 2, PL 32,707).

San Agustín no cesa de invitarnos a retornar a nuestro corazón para allí encontrar a Dios. «¡Regresad al corazón! ¿Por qué os vais de vosotros y perecéis por vosotros? ¿Por qué vais por caminos solitarios? Erráis vagando; ¡regresad! ¿A dónde? Al Señor. Está a un segundo; primero regresa a tú corazón, desterrado de ti vagas fuera; no te conoces a ti mismo ¡y buscas a quien te ha hecho! Regresa, regresa al corazón; sepárate del cuerpo; [...] Regresa al corazón: allí ve qué percibes quizá de Dios, porque allí está la imagen de Dios. En el hombre interior habita Cristo, en el hombre interior eres renovado a imagen de Dios, en su imagen conoce a su autor. » (Io. eu. tr. 18, 10, PL 35, 1548).

Para entrar en el corazón, recogernos precisa purificar el corazón de todo aquello que le dispersa.

EL DISCERNIMIENTO DEL AMOR

La voz del corazón es el amor. El hombre se siente arrastrado por su amor: «Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera que soy llevado.» (Conf. XIII, 9, 10, PL 32,848). En realidad purificar el corazón es purificar el amor. Con frecuencia el amor, en lugar de ser sensible a la llamada de Dios, se deja guiar por la voz de las cosas. Y el hombre se siente dividido, dispersado.

Pero analizando el ser del hombre San Agustín encuentra en su ser más profundo dos amores. De un lado se encuentra Dios que no cesa de atraer al hombre hacia sí; de otro lado están las cosas exteriores que no cesan igualmente de llamar al hombre hacia ellas. «Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloría en sí misma; la segunda se gloría en el Señor. Aquélla solicita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia» (Ciu. XIV, 28, P L 41,436). Estos dos amores habitan el corazón del hombre y, por lo mismo, es necesario hacer todo un trabajo de discernimiento para separar con claridad el amor del mundo del amor de Dios. «Pues hay un amor con el cual amamos aun lo que no se debe amar; y este amor lo odia en sí el que ama aquel con el que se ama lo que debe ser amado. Ciertamente, pueden existir los dos en un hombre; y el bien del hombre consiste en que, avanzando el que nos hace vivir bien, vaya retrocediendo, hasta su curación completa, el que nos hace vivir mal, y se trueque en bien toda nuestra vida [...] Son como amores de los cuerpos la fuerza de sus pesos, ya tiendan hacia abajo por la gravedad, ya hacia arriba por la levedad. En efecto, como el alma es llevada por el amor adondequiera que es llevada, así lo es también el cuerpo por el peso.» (Ciu. XI, 28. PL 41, 342). En realidad se es lo que se ama: «Aferrad más bien el amor de Dios a fin de que, como Dios es eterno, también vosotros permanezcáis eternamente, pues cada cual es según es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? ¿Qué puedo decir? ¿Serás Dios? No me atrevo a decirlo por mi propia autoridad. Escuchemos las Escrituras: *Yō dije: dioses sois e hijos del Altísimo* (Ps 81, 6).» (Io. ep. tr. 2, 14, PL 35, 1997).

El discernimiento se hace, por consiguiente, sobre el amor. Es necesario hacer el análisis del amor. San Agustín nos da algunas de sus características con el fin de ayudarnos a hacer un buen análisis. «Estos dos amores, de los cuales el uno es santo y el otro impuro, el uno social, el otro privado; el uno que busca la utilidad común para conseguir la celestial compañía; el otro que encauza, por el arrogante deseo de dominar, el bien

común en propio provecho; el uno que está sometido a Dios, el otro en pugna con El; el uno tranquilo, el otro alborotado; el uno pacífico, el otro sedicioso; el uno que prefiere la verdad a las alabanzas de los que yerran, el otro que está ávido de cualquier clase de honores; el uno caritativo, el otro envidioso; el uno que desea para el prójimo lo que quiere para sí, el otro que ansía someter al prójimo a sí; el uno que gobierna al prójimo para utilidad del mismo prójimo, el otro que le gobierna para su propio provecho» (Gn. litt. XI, 15, 20, P L 34,437).

Para San Agustín el discernimiento no es un conocimiento abstracto de la voluntad de Dios, es un conocimiento vivencial, hecho experiencia. El punto de partida del discernimiento es la experiencia vivida de la presencia de Dios en el corazón. Allí en donde esta experiencia está ausente, el discernimiento se hace imposible. El discernimiento es el paso de una experiencia *pre-reflexiva* de la caridad a una experiencia vivida a nivel de la reflexión. «No se entra en la verdad sino por el amor.» (C. Faust. 32, 18, PL 42, 507).

Para discernir o conocer la voluntad de Dios es necesario conocer la presencia de la caridad en la propia vida. El amor ordenado, “*ordo amoris*”, es la caridad. La caridad es el criterio de discernimiento para San Agustín. «Que nadie pregunte a otro hombre; que cada cual vuelva a su corazón y, si halla en él la caridad fraterna, esté seguro de que ha pasado de la muerte a la vida.» (Io. ep.tr. 5, 10, P. L 35, 2017).

CRISTO, SABIDURÍA DE DIOS

Según el Evangelio de San Juan la creación fue hecha por el Verbo. El hombre, creado a imagen de Dios, lleva en lo más profundo de su ser la huella del Verbo. «No trato ahora, hermanos, sobre cómo pueda entenderse lo dicho: *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios*» (Jn 1, 1). Puede entenderse de manera inexpressable: las palabras humanas no conducen a su inteligencia. [...] En efecto, el Verbo de Dios es una cierta forma; una forma no formada y, sin embargo, la forma de la cual recibe forma todo lo que tiene forma; forma inmutable, cabal, sin mengua, sin tiempo, sin lugar, que lo trasciende todo, que se alza por encima de todo, cierto fundamento en que todo existe y cima bajo la que todo existe. Si dices que todo existe en ella, no mientes, pues a la Palabra misma se la ha llamado Sabiduría de Dios (1 Col 1, 24) y, a su vez, hallamos escrito: *Todo lo hiciste en tu Sabiduría* (Ps 103,24). Luego, en ella existe todo; y, con todo, dado que es Dios, todo está bajo ella. [...]

Así, pues, ella es la forma de todas las cosas, forma increada, sin tiempo y sin espacio, como dije. Todo lo contenido en un lugar está circunscrito. La forma se circunscribe por sus límites, tiene lindes dentro de los cuales se halla. Además, lo que está contenido en un lugar y se expande por cierta mole y espacio, es menor en una parte que en el todo (S. 117, 3, PL 38, 662-663).

San Agustín afirma que el Verbo habita en lo más íntimo del corazón del hombre. Es la luz de sus comportamientos, el principio de todo discernimiento.

El hombre había desertado su corazón y, a partir de ese momento, vivía en la obscuridad. Pero Dios no ha dejado al hombre desamparado. Puesto que vive en y desde lo exterior, su enseñanza adquiere una forma externa. Es lo que ocurre con la Escritura como con el misterio de la Encarnación del Verbo.

Para San Agustín la acción atribuida al Verbo de Dios es la Sabiduría. Es una idea que marcó toda su vida. Cristo, en el siglo IV, era considerado en primer lugar como la Sabiduría de Dios; no se le representaba sobre la cruz, sino como un maestro rodeado de sus discípulos y enseñándoles. Es la razón por la que San Agustín, en el momento de leer el *Hortensius* de Cicerón que le invitaba a consagrar su vida a la búsqueda de la Sabiduría, se sentirá decepcionado al constatar que allí no se citaba el nombre de Jesús: «Sólo una cosa me resfriaba tan gran incendio, y era el no ver allí escrito el nombre de Cristo. Porque este nombre, Señor, este nombre de mi Salvador, tu Hijo, lo había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón; y así, cuanto estaba escrito sin este nombre, por muy verídico, elegante y erudito que fuese, no me arrebatava del todo» (Conf. III, 4, 8, PL 32, 686).

En el pensamiento posterior el don de Sabiduría e igualmente el discernimiento de la voluntad de Dios, son atribuidos al Espíritu Santo. La doctrina de San Agustín posee esto de particular: reclamar siempre para el Verbo el poder de iluminar el alma. La doctrina de San Agustín sobre el discernimiento es ante todo una doctrina cristológica. «Me llama la atención que de tal modo hayas afirmado que el Espíritu Santo es en sentido propio nuestro iluminador, que parece que Cristo no lo sea.» (Con I. Max. 5, PL 42, 711).

El Verbo de Dios es para San Agustín el único Maestro, la Luz de todo conocimiento. Es su Sabiduría quien nos permite captar el sentido de las

cosas y su valor con relación a Dios. El Verbo, la Sabiduría de Dios, ilumina nuestra vida; es la Luz que nos permite discernir toda decisión.

Esta iluminación del alma por el Verbo de Dios permite conocer la voluntad de Dios sobre nosotros en un momento dado. «Y no lo es por su luz propia, sino por participación de la luz suprema, do reinará eternamente feliz. Y, en este sentido, la sabiduría del hombre es también sabiduría de Dios. Sólo entonces es verdadera; porque, si es humana, es vanidad» (Trin. 14, 12, 15, PL 42, 1048).

Por el misterio de la Encarnación Cristo se hace Camino que conduce a la Sabiduría de Dios. Es, a la vez, a dónde vamos y el camino por el cual vamos. «Tal es el camino: camina por la humildad para llegar a la eternidad. Cristo Dios es la patria adónde vamos; Cristo hombre, el camino por dónde vamos. A él vamos, por él vamos» (S. 123, 3, PL 38, 685). «Si buscas la verdad, mantén el camino, porque el Camino es el mismo que la Verdad. [...] Por Cristo vienes a Cristo. ¿Cómo «por Cristo a Cristo?» Por Cristo hombre a Cristo Dios; por la Palabra hecha carne a la Palabra que en el principio era Dios en Dios (Io. eu.tr. 13, 4, PL 35, 1494).

Por consiguiente, todo el problema del discernimiento espiritual de la voluntad de Dios se reduce para San Agustín, en vivir unidos a Cristo. Se precisa seguir a Cristo, caminar con él: identificar nuestro pensamiento con su pensamiento, nuestro querer con su querer, nuestro amor con su amor. Como San Pablo es necesario llegar a decir: «*Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*» (Ga 2, 20). «Mediante el conjunto de cosas que hizo, el Señor nos advierte cómo hemos de vivir aquí. De hecho, en esta vida temporal no hay nadie que no sea peregrino, aunque no todos deseen regresar a la patria. Al mismo tiempo, sufrimos el oleaje y las tempestades que se desatan durante el trayecto mismo, pero es necesario que, al menos, nos hallemos en la barca. Porque si en la barca hay peligro, fuera de ella la muerte es segura. Por mucha fuerza que tenga en sus brazos el que nada en el piélago, en algún momento, derrotado por la inmensidad del mar, tragado por las olas, se ahoga. Es, pues, necesario que vayamos en la barca, esto es, que nos lleve un madero para poder atravesar este mar. Y este madero que trasporta nuestra debilidad es la cruz del Señor, con la que nos signamos y nos libramos de ahogarnos en este mundo. Sufrimos las olas, pero allí está Dios para socorrernos.» (S. 75, 2, PL 38, 475).

Ahora bien, seguir a Cristo, caminar con él no le plantea mayores problemas a San Agustín, porque Cristo no se encuentra lejos de nosotros. Se encuentra a nuestro mismo lado, más aún, entre nosotros.

PRESENCIA DE CRISTO EN LA IGLESIA

Cristo se hace presente hoy día entre nosotros, en primer lugar, en la Iglesia. Cristo y la Iglesia son una misma e idéntica realidad. La Iglesia es una de las múltiples formas que adopta Cristo para hacerse presente en medio de nosotros: «Por cuanto he podido vislumbrar en las páginas sagradas, hermanos, a nuestro Señor Jesucristo se le considera y nombra de tres modos cuando es anunciado tanto en la ley y los profetas como en las cartas apostólicas o en los hechos merecedores de fe que conocemos por el Evangelio. El primero de ellos, anterior a la asunción de la carne, es en cuanto Dios y en referencia a la divinidad, igual y coeterna a la del Padre. El segundo se refiere al momento en que ha asumido ya la carne, en cuanto se lee y se entiende que el mismo que es Dios es hombre y el mismo que es hombre es Dios, según una cierta propiedad de su excelsitud, por la que no se equipara a los restantes hombres, sino que es mediador y cabeza de la Iglesia. El tercer modo es lo que en cierta manera denominamos Cristo total, en la plenitud de su Iglesia, es decir, cabeza y cuerpo, según la plenitud de cierto varón perfecto, de quien somos miembros cada uno en particular.» (S. 341, 1, PL 39, 1493).

Y San Agustín saca las consecuencias de esta unión de Cristo con nosotros en cuanto miembros de la Iglesia. «Felicitémonos, pues, y demos gracias porque nos ha hecho no sólo cristianos, sino Cristo. ¿Entendéis, hermanos, comprendéis la gracia de Dios sobre nosotros? Asombraos, alegraos: hemos sido hechos Cristo, pues, si él es la cabeza, nosotros somos sus miembros; el hombre total somos él y nosotros. [...] La plenitud, pues, de Cristo es la cabeza y los miembros. ¿Qué significa la cabeza y los miembros? Cristo y la Iglesia. Por cierto, nos arrogaríamos esto soberbiamente si no se dignase prometerlo el mismo que mediante idéntico apóstol dice: Ahora bien, vosotros sois cuerpo y miembros de Cristo (1 Cor 12, 27)» (Io. eu.tr. 21, 8-9, P L 35,1568-1569).

La Sabiduría de Dios, la que nos permite discernir la voluntad de Dios, solo nos es accesible a través de Cristo y Cristo hoy día solo nos es accesible a través de la Iglesia. Por consiguiente la unión con la Iglesia es la sola y única forma de participar de la Sabiduría de Dios. Amar y seguir a Cristo exige pues amar la Iglesia; no son dos amores, sino un solo y único amor. Si la Iglesia es Cristo en medio de nosotros estaremos tanto más unidos a Cristo cuanto más unidos estemos a la Iglesia. La unión íntima y profunda con la Iglesia es pues la luz que nos permite conocer la voluntad de Dios en todos los acontecimientos de nuestra vida.

LA CARIDAD, EXPRESIÓN DE LA PERTENENCIA A LA IGLESIA

La unión con la Iglesia exige la unión con todos sus miembros, es decir, la caridad. «Pues bien, permanecemos en él cuando somos sus miembros; por su parte, él mismo permanece en nosotros cuando somos su templo. Ahora bien, la unidad nos traba para ser sus miembros. ¿Quién, sino la caridad, hace que la unidad trabé?» (Io. eu.tr. 27, 6, PL 35).

Para San Agustín la caridad como la unidad no son más que dos aspectos de una misma e idéntica realidad. Allí en donde está presente la unidad entre los cristianos, allí se hace presente igualmente la caridad. Allí en donde está presente la caridad lo está igualmente la unidad.

La caridad, es la expresión de nuestra pertenencia a la Iglesia; es, incluso, la salud misma de la Iglesia. «Lo que es la salud para el cuerpo, la caridad lo es para el Cuerpo de Cristo» (S. 162 A, 6, PL MA 103). Es pues la caridad quien nos revela o manifiesta el grado de nuestra pertenencia a la Iglesia y, por lo mismo, nuestra unión con Cristo. «Veamos, pues, si lo que se dice a Cristo, se refiere a nosotros, y se dice también de nosotros; preguntemos a nuestra conciencia, examinemos el grado de nuestro amor.» (En. ps. 64, 7, PL 36, 779).

Quien está unido a Cristo está igualmente unido a la Sabiduría de Dios y, por lo mismo, su vida estará iluminada por la Luz de Dios. Es pues la unión con la Iglesia lo que nos permite conocer la voluntad de Dios. «No pudo gozar de salud, porque no tuvo caridad. [...] En efecto, en tanto un miembro es capaz de salud en cuanto no está separado del cuerpo, pues de los demás miembros sanos mana la salud que corre al lugar de la herida; pero una vez que el miembro donde está la herida ha sido amputado, la salud ya no encuentra por dónde y desde dónde llegar hasta allí.» (S. 162 A, 7, MA, 104).

IGLESIA Y COMUNIDAD

Agustín ama con todo su corazón a Cristo y, por lo mismo, ama con todo su corazón a la Iglesia y busca conocerla en profundidad para amarla un poco más. El amor se encuentra en la base y como fundamento de sus reflexiones sobre la Iglesia.

La Iglesia para San Agustín no es en forma alguna una realidad abstracta. Es una realidad concreta y viviente. Es cada una de las comunidades eclesiales: familia, parroquia, comunidad religiosa, fraternidad, etc. La Iglesia es esencialmente una comunidad de comunidades. Cada co-

munidad eclesial es la Iglesia a “pequeña escala”. No se puede separar la Iglesia de las comunidades eclesiales. Si en realidad existe una diferencia se encuentra en la forma de vivir la unidad de almas y corazones.

Encuentra por consiguiente la Iglesia quien encuentra la comunidad, la fraternidad. Trabaja por la Iglesia quien trabaja por la comunidad. Cristo no está lejos, se encuentra presente en la comunidad. Se está tan cerca de él como de la comunidad. La Iglesia, como la comunidad a la que se pertenece, no es una realidad ya hecha, perfecta. Es una realidad que hay que hacer día a día. Más que una realidad perfecta, acabada, es un proyecto que es preciso realizar. Trabajar por la Iglesia es hacer la voluntad de Dios: «*Reunir en unidad los hijos de Dios dispersos*» (Jn 11, 50) o «*Padre, que todos sea uno como tú y yo somos uno para que crea el mundo que tú me has enviado*» (Jn 17, 21).

Jesucristo, según San Pablo, es *nuestra paz* (Eph 2, 14). Para San Agustín, trabajar por la paz, es trabajar para hacer a Cristo presente, es hacer la Iglesia, Cuerpo de Cristo, presencia de Cristo entre nosotros: «¡Qué gran bien es amar la paz! Es decir, el poseerla. ¿Quién no quiere que aumente lo que ama? Si quieres estar en paz con unos pocos, pequeña será tu paz. Si quieres que crezca esta posesión, añádele poseedores. [...] Ama la paz en el mismo lugar en que te encuentras, y tendrás lo que amas. Es algo propio del corazón, y no la comunicas con tus amigos como les das el pan. En efecto, si quieres repartirles el pan, cuanto más son aquéllos a quienes se les da, tanto más disminuye lo que se reparte. Pero la paz es semejante a aquel pan que se multiplicaba en las manos de los discípulos del Señor cuando ellos lo partían y repartían. Tened la paz, hermanos. Si queréis atraer a los demás hacia ella, sed los primeros en poseerla y retenerla. Arda en vosotros lo que poseéis para encender a los demás.» (S. 357, 2-3, PL 39, 1582-1583).

Para discernir, para conocer la voluntad de Dios, es pues necesario conocer el grado de caridad, de paz que habita nuestro corazón. De aquí que sea necesario comenzar por interrogar nuestro corazón. «Sólo queda que ama de hecho a su hermano la persona que se interroga en su corazón si realmente obra así por amor al hermano y la mirada de Dios que penetra el corazón –donde el ojo humano no puede alcanzar– testimonia en su favor» (Io.ep. tr. 6, 2, PL 35,2020).

San Agustín pide que se busque con qué espíritu se obra, que se analicen las motivaciones más profundas de los diferentes comportamientos para saber si se obra, si se actúa realmente por caridad. «Que nadie pre-

gunte a otro hombre; que cada cual vuelva a su corazón y, si halla en él la caridad fraterna, esté seguro de que ha pasado de la muerte a la vida. Ya está ubicado a la derecha; no dé importancia al hecho de que su gloria está ahora oculta. Cuando vuelva el Señor, entonces aparecerá en la gloria. Pues tiene vida, pero aún se halla en el invierno; está viva la raíz, pero las ramas tienen la apariencia de estar secas. Dentro posee la savia que tiene vida, dentro están las hojas de los árboles, dentro los frutos, pero esperan el verano. Así, pues, nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos.» (Io.ep. tr. 5, 10, PL 35,2017).

Podemos ciertamente tener una determinada conciencia de la presencia de la caridad en nuestro espíritu. Es imposible amar a los hermanos sin ser consciente de ello. Pero con el fin de que la búsqueda de las motivaciones de nuestros comportamientos no sea algo puramente ilusorio, se precisa hacer este análisis, esta búsqueda a la luz de la vida comunitaria. La caridad tiene un nombre, la vida común.

El discernimiento de la voluntad de Dios es el discernimiento del amor fraterno, del amor en la vida común. El amor fraterno es el criterio más claro que nos permite discernir la voluntad de Dios e igualmente el grado de su perfección. Quien ama a la comunidad, ama el Cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia. Amar la comunidad es amar a Cristo, amar la Sabiduría de Dios. Amar la Sabiduría de Dios es identificarse con ella, hacerse Sabiduría de Dios: «Une tu corazón a la eternidad de Dios, y serás eterno con él» (En. ps. 91, 8, PL 37,1176).

La vida de comunidad vivida con perfección, ilumina la vida, los comportamientos. Es luz para el discernimiento. «En efecto, si pensamos bien, estamos en Dios y, si vivimos bien, Dios está en nosotros: fieles que participan de su gracia, iluminados por él, estamos en él, y él mismo en nosotros.» (Io. eu.tr. 48, 10, PL 35,1745). «Comienza a amar, alcanzarás la perfección. ¿Comenzaste a amar? Dios comenzó a habitar en ti; ama al que empezó a habitar en ti, para que, morando más plenamente, te lleve a alcanzar la plenitud. [...] Pregunta a tu corazón; si está lleno de caridad, tienes el Espíritu de Dios. ¿Cómo conocemos que es ése el criterio para saber si el Espíritu de Dios habita en ti? Interroga al apóstol Pablo: *Porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado* (Rm 5, 5)» (Io.ep. tr. 8, 12, PL 35,2043).

Es de gran interés el constatar que San Agustín habla con más frecuencia de vida común que de vida de caridad. Por ejemplo San Pablo dice: «*Haced todo por amor*» (1 Cor 16, 14). San Agustín cambia la palabra amor

por el de «el bien de la comunidad». Para él, la caridad fraterna se identifica con la vida de comunidad. De aquí que el interés que se pone en la vida común sea el signo más claro de la perfección espiritual, es decir, de cumplir con la voluntad de Dios. «Ninguno trabaje en nada para sí mismo, sino que todos vuestros trabajos se realicen para el bien de la Comunidad, con mayor cuidado y prontitud de ánimo que si cada uno lo hiciese para sí. Porque la caridad, de la cual está escrito que no “*busca los propios intereses*» (1 Cor 13, 5), se entiende así: que antepone las cosas de la Comunidad a las propias y no las propias a las comunes. Por consiguiente conoceréis que habéis adelantado en la perfección tanto más cuanto mejor cuidéis lo que es común que lo que es propio; de tal modo que en todas las cosas que utiliza la necesidad transitoria sobresalga la caridad, que permanece (1 Cor 12, 31)” (Reg. V, 30, PL 32,138).

El amor a la comunidad es el criterio claro y seguro para conocer la voluntad de Dios. Ofrecerse a la comunidad es ofrecerse al Cuerpo de Cristo, es unirse a la Sabiduría de Dios. Por otra parte, ofrecerse a la comunidad exige liberarse, purificarse de todo egoísmo, de todo aquello que nos encierra en nosotros mismos. El individualismo es el enemigo mayor de la vida común: nos hace sordos y ciegos a la voz y a la luz de Dios que resuena y brilla en la comunidad. «Y cualquiera que anhele, durante esta peregrinación, la compañía de Dios, se va acostumbrando a preferir las cosas comunes a las propias, no buscando lo suyo, sino lo de Jesucristo.» (En. ps. 105, 34, PL 37, 1415).

Es, por consiguiente, el amor a la comunidad lo que nos hace ser conscientes de la unión que se instaura progresivamente en nuestro corazón con la Sabiduría de Dios. Para discernir la voluntad de Dios sobre nosotros en un momento dado, San Agustín nos pide: «Interrogue a su corazón. Si ama al hermano, el Espíritu de Dios permanece en él. Examínese, pruébese a sí mismo en presencia de Dios. Vea si mora en él el amor de la paz y de la unidad, el amor a la Iglesia difundida en todo el orbe de la tierra. No mire a amar sólo al hermano que ve ante sí, pues son muchos los hermanos nuestros que no vemos y con los cuales estamos vinculados en la unidad del Espíritu.» (Io.ep. tr. 6, 10, PL 35, 2025).

«AMA Y HAZ LO QUE QUIERAS », PRINCIPIO DE DISCERNIMIENTO

«Ama y haz lo que quieras» es una de las frases más conocidas de San Agustín. Con frecuencia, con mucha frecuencia se la lee al margen de su contexto y, por lo mismo, y se la interpreta mal.

«Ama y haz lo que quieras» se encuentra en el Tratado 7 del *Comentario a la Primera Carta de San Juan*. «Ved lo que trato de meteros en la cabeza: la bondad de las acciones de los hombres sólo se discierne examinando si proceden de la raíz de la caridad. En efecto, pueden realizarse muchas que poseen una apariencia de bondad, pero no proceden de la raíz de la caridad; también las zarzas tienen flores. Otras acciones, por el contrario, parecen duras y crueles, pero se llevan a cabo para imponer la disciplina bajo el dictado de la caridad. Así, pues, de una vez se te da este breve precepto: Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien.» (Io. ep. tr. 7, 8, PL 35, 2033).

Un poco más adelante, en el Tratado 10 de este mismo *Comentario* San Agustín aclara el sentido de la frase. «Pues en esto consiste el amor de Dios: en que guardemos sus preceptos (1 Jn 5, 3). Ya lo habéis oído: De estos dos preceptos penden la ley entera y los profetas. Mira cómo no quiso que te perdieras en las muchas páginas. De estos dos preceptos penden la ley entera y los profetas. ¿Qué dos preceptos? Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y amarás a tu prójimo como a ti mismo. *De estos dos preceptos penden la ley entera y los profetas* (Mt 22, 37-40). Ved de qué preceptos habla esta carta en su totalidad. Poseed, pues, el amor y estad seguros. ¿Por qué temes hacer mal a alguien? ¿Quién hay que haga mal a la persona que ama? Ama; es imposible que no hagas el bien.» (Io.ep. tr. 10, 7, PL 35,2059).

Fue en el mes de abril del 407 cuando San Agustín, en uno de sus sermones sobre la *Primera Carta de San Juan*, pronunció esta frase: «Ama y haz lo que quieras». El contexto de estos sermones sobre la *Primera Carta de San Juan* es su oposición a los donatistas buscando la unidad de la Iglesia. Esta es la razón por la que en su *Comentario* une siempre caridad con unidad.

Es cierto que al reflexionar sobre el sentido de esta frase nos viene con frecuencia la idea de completarla diciendo: «Ama a Dios y haz lo que quieras» y, sin embargo, en el contexto en el que se encuentra no trata directamente del amor de Dios, sino del amor fraterno: su valor, sus exigencias, sus actitudes, sus deberes. La finalidad de San Agustín es precisamente mostrar que el amor fraterno es el principio de discernimiento de nuestros comportamientos. Esta frase pone pues la caridad, el amor fraterno como principio y fundamento del discernimiento de la voluntad de Dios.

Por otra parte San Agustín expresa esta misma idea en alguna otra de sus obras. Emplea frases semejantes. «Las palabras que se originan de un espíritu lacerado son embestida punitiva, no caridad correctora. Ama y di lo que quieras. Si traes a tu memoria y sensibilidad que, mediante la espada de la palabra de Dios, quieres liberar a un hombre del asedio de los vicios, aunque tus palabras tengan la apariencia de una maldición, nunca lo serán.» (Exp. Gal. 57, PL 35, 2154).

Para San Agustín la caridad es el principio del discernimiento. Cuando se ama al hermano estamos seguros que nuestros comportamientos son rectos, son buenos. La caridad discierne la calidad de las obras (Io.ep. tr.7, 8, PL 35,20,33); discierne igualmente la autenticidad del amor a Cristo (Io.ep. tr. 6, 10 PL 35, 20,25; Io. ep. tr. 7, 6, PL 35, 2032).

Pero la caridad fraterna ¿quién puede discernirla? ¿Cómo reconocer la caridad en nuestra vida? Agustín llama la atención sobre la apariencia de nuestros comportamientos. Es posible realizar aparentemente una obra de caridad sin poseer realmente la caridad. Hay actos que solo son realizados bajo pura apariencia o sombra de amor fraterno. «¡Cuántos entre los herejes y cismáticos no se llaman mártires! Les parece que entregan su vida por sus hermanos. Si entregaran su vida por los hermanos, no se separarían del conjunto de los hermanos. Asimismo, ¡cuán numerosos son los que distribuyen y reparten muchos bienes por ostentación! Con su acción no buscan más que la alabanza humana y la popularidad vana y sin estabilidad ni solidez alguna. Como los tales existen, ¿cuál es la prueba que garantiza que existe la caridad fraterna? El apóstol [Juan], en efecto, quiso que se la sometiese a prueba y de ahí nace su amonestación: Hijitos, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino de obra y en verdad. La pregunta es: ¿con qué obra y en qué verdad? ¿Puede haber obra más diáfana que dar bienes a los pobres? Muchos hacen eso mismo por ostentación, no por amor. [...] Volvémonos a la conciencia de la que dice el Apóstol: Pues nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia (Cor 1, 12). Volvémonos a la conciencia, refiriéndose a la cual dice él mismo: Que cada cual examine su obra y entonces tendrá gloria en sí mismo y no en otro (Gal 4, 4). Por tanto, cada uno de nosotros ha de examinar su propia obra y ver si mana del venero de la caridad, si los ramos de las buenas obras brotan de la raíz del amor» (Io.ep. tr. 6, 2, PL 35,2020).

Para realizar el discernimiento de la caridad, el criterio más seguro es el amor de la unidad de la Iglesia, de la unidad de la comunidad. Quien se opone a la unidad no puede amar a los hermanos. No obrará más que por soberbia, incluso si aparentemente obra por caridad. «Tú no tienes cari-

dad, puesto que por una cuestión de amor propio, rompes la unidad» (Io. ep. tr.6, 13, PL 35,2028). «Veamos si tiene caridad. Lo creería yo si él no hubiera dividido la unidad. [...] Mantengamos, pues, la unidad, hermanos míos. Fuera de la unidad, aun quien hace milagros no es nada» (Io. eu. tr. 13, 17, PL 35,1501). «No es, pues, extraño que la soberbia produzca división, y la caridad, unidad.» (S. 46, 18, PL 38, 280). Si se busca la unidad de la comunidad se está haciendo ya obra de caridad fraterna.

San Agustín, por otra parte, nos invita a entrar en la intimidad de nuestra conciencia. Busca el testimonio de la conciencia. Otorga a la conciencia siempre un gran valor y confianza. Con frecuencia pide que entremos en nuestra conciencia si queremos saber, en un caso concreto, si verdaderamente es el amor fraterno quien inspira nuestros comportamientos. El examen de la conciencia tiene para él una función esencial dentro del discernimiento. «Sólo queda que ama de hecho a su hermano la persona que recibe seguridad de ello en su corazón, ante Dios, el único que ve lo que hay en él; la persona que se interroga en su corazón si realmente obra así por amor al hermano y la mirada de Dios que penetra el corazón –donde el ojo humano no puede alcanzar– testimonia en su favor. [...] Volvámonos a la conciencia, refiriéndose a la cual dice él mismo: Que cada cual examine su obra y entonces tendrá gloria en sí mismo y no en otro (Gal 6, 4). Por tanto, cada uno de nosotros ha de examinar su propia obra y ver si mana del venero de la caridad, si los ramos de las buenas obras brotan de la raíz del amor. Que cada cual –dice– examine su obra y entonces tendrá gloria en sí mismo y no en otro: no cuando testimonie en su favor una lengua ajena, sino cuando lo haga la propia conciencia» (Io. ep. tr.6, 2, PL 35,2020).

El examen de la conciencia es necesario hacerlo siempre ante Dios, en presencia de Dios. No es una introspección psicológica. Es un juicio sobre sí mismo que supone una relación clara con Dios.

La experiencia del amor a los hermanos otorga verdadera seguridad de haber obrado bien. Es esta experiencia la que le hace decir a San Agustín: «Ama, y haz lo que quieras». La experiencia de la caridad fraterna revela las motivaciones más profundas de nuestros comportamientos. Es un camino de verdad y de libertad. «No se entra en la verdad más que a través de la caridad» (C. Faust. 32, 18, PL 42, 507).

jaimegarcialvarez@yahoo.es

